

LAS AVENTURAS DEL REY VICRAM वालम बेल्स

2º, 3º

“Cuenta un cuento o una historia y, en los días siguientes, haz que los Niños lo lleven a su consciencia al hablar y tratar sobre aquello. Si ahora, a esto que han recordado, tratado y “hecho suyo”, le añadimos una sencilla melodía o una pequeña interpretación, recitación, etc., ésta será cantada, recitada o sentida por los Niños con tal entusiasmo y dedicación que les penetrará hasta el corazón, lo mismo que dicho cuento o historia. Esto sucede también cuando enseñamos algo abstracto a través de la música o, en general, a través del arte” v.g.s.



El - li - li - li, El lin-no-va, Al - li - li - li, Al lin-no va run ti - ni run ti - ni
¡Las cam-pa-nas sue-nan al - to, las cam-pa-nas sue-nan ba-jo, vuel - tas, que vuel - tas, que

<https://ideaswaldorf.com/campanas-de-valam/>

Érase una vez un rajá, que se llamaba Vicram y que vivía con su visir Butti. Tanto el rajá como su visir eran huérfanos desde temprana edad, y desde la muerte de sus padres vivían y se educaban juntos, amándose como hermanos cariñosamente. Ambos tenían buen carácter y eran amables. No había ningún pobre que llegara con el rajá y que se hubiera alejado en desesperación. Al contrario, su mayor alegría fue la de dar alimentos y vestidos a los que estaban en apuros. Pero, en tanto que el visir, además de su juicio y su inteligencia, poseía también una fulgurante fantasía, al rajá fácilmente se le desbocó su imaginación con su prudencia.

Bajo su unido régimen, el reino prosperaba en forma óptima. El rajá era el impulsor y acicate de toda obra noble; en tanto que el visir era la rienda de toda acción precipitada o irrealizable.

Ahora bien, en un país no muy lejos del reino del rajá Vicram, vivía una pequeña reina: Anar-Rani (*La reina de la granada*). Sus padres que reinaban sobre el país de la granada, le habían regalado un precioso jardín. En su centro crecía un hermoso árbol que tenía tres grandes granadas: éstas estaban abiertas, y en cada una había una pequeña camita. En una de ellas, Anar Rani acostumbraba dormir, y a su lado, dos de sus doncellas. Cada mañana, el granado bajaba sus ramas hasta la tierra; se abría la fruta, y Anar Rani y sus compañeras salían para jugar hasta la noche, a la fresca sombra del árbol, y cada noche el árbol se inclinaba para que pudieran regresar a su pequeña y cómoda recámara.

Muchos príncipes pretendían a Anar Rani, ya que se la consideraba la más hermosa dama del mundo. Su pelo era tan negro como el ala de un cuervo; sus ojos se parecían a los de la gacela; sus dientes, a dos filas de deliciosas perlas, y el color de sus mejillas, a la rosada granada. Pero alrededor de su jardín, sus padres habían ordenado una séptuple cerca de bayonetas, para que nadie pudiese entrar ni salir. Además, se promulgó una ley de que solamente pudiera casarse con ella, el príncipe que fuera capaz de introducirse en el jardín y cortar las tres granadas en que dormían la princesa y sus dos doncellas. Muchos reyes, príncipes y nobles ya habían hecho el intento, pero en vano.

Algunos no lograron siquiera cruzar la primera cerca; otros, más afortunados, cruzaron la segunda, tercera, cuarta, quinta - aún hasta la sexta, pero perecieron miserablemente antes de poder escalar la séptima.

Ahora bien, antes de morir, los padres de Vicram habían construido un precioso templo cerca de su palacio; era de mármol, y en su centro había un ídolo de oro puro. Al correr del tiempo, una jungla había crecido en su derredor, y le cubría una enredadera de peras espinosas, de modo que casi era imposible localizarlo.

Un día, el visir Butti le dijo a Vicram: *"Ese templo les costó mucho dinero a tus padres; ya está casi devorado por la jungla y, dentro de poco tiempo, será una ruina. Sería una obra piadosa restaurarlo"*. Le pareció bien al rey Vicram, e inmediatamente mandó muchos obreros para cortar la jungla y restaurar el precioso templo. Entonces, todo el mundo quedó asombrado de la belleza de este edificio. El piso era de mármol blanco; las paredes adornadas con relieves exquisitamente modelados, y con colores espléndidos. Sobre todo el techo se había pintado el nombre del padre del rey Vicram, y en el centro del templo la estatua dorada del dios Gunputti a cuyo culto estaba destinado el templo.

Vicram se sentía tan complacido de la belleza del edificio que, junto con Butti, en parte por esta belleza, y también por su solemnidad, acudía a él todas las noches, para dormir ahí.

Una noche, Vicram tuvo un sueño maravilloso: soñó que le aparecía su padre diciéndole: *"Levántate, Vicram, y vete a la torre de luces que se encuentra frente al templo."*

Había, pues, allí una torre, dotada hasta la cúspide de luces para iluminar la fiesta dedicada a Gunputti. Cuando estaba iluminada, esta torre se parecía a un gigantesco candelero, y, para protegerlo, estaba rodeado de siete cercas formadas por bayonetas.

"Levántate, Vicram", dijo el fantasma del ensueño, *"y vete a la torre. Debajo de él, se encuentra un enorme tesoro, pero no hay más que una sola manera de alcanzarlo sin provocar la ira de Gunputti: antes, tienes que darle una prueba de tu absoluta devoción. Y si él la acepta graciosamente, y admite que tú, no obstante, conservarás tu vida, podrás levantar el tesoro sin peligro."*

"¿En qué consiste esa prueba de absoluta devoción?" preguntó Vicram. *"Es la siguiente -Vicram creía que fue su padre quien le respondió- En la aguja de la torre, tienes que atar un cordón; en su otro cabo, tienes que amarrar una canasta y meterte de cabeza en ella. Entonces, dale tres vueltas al cordón, y tan pronto como se haya destorcido, lo cortarás. En seguida, de cabeza te vas a caer a la tierra. Si te caes encima de una de las cercas de bayonetas, te morirás al instante; pero Gunputti es benigno; no tengas miedo; no te dejará perecer. Pero si llegas ileso al suelo, sabrás que aceptó tu hecho piadoso, y entonces podrás levantar el tesoro, sin peligro."*

El fenómeno del ensueño desapareció; Vicram ya no vio nada, y pronto despertó.

Entonces, le dijo al visir: *"Butti, tuve un sueño muy raro: mi padre me aconsejó de dar una prueba de mí absoluta devoción al dios Gunputti, y de hacer nada menos que atar un cordón de una canasta amarrada en la aguja de la torre, meterme de cabeza en la canasta, cortar el cordón y, así, dejarme caer a la tierra. Sí, de esta manera, me gano la simpatía de Gunputti, encontrará un tesoro inmenso, escarbando debajo del templo."*

"Si quieres buscar el tesoro -replicó el visir- te recomendaría seguir exactamente la orden de tu padre, y confiar en la merced de Gunputti".

Ahora bien, el rajá ató el cordón con la canasta, a la cima de la torre, se metió de cabeza, y llamó a Butti: *"¿Cómo cortaré el cordón?"*. *"Nada más fácil -respondió éste- toma esta espada en tu mano; yo daré las tres vueltas al cordón, y tan pronto empiece a destorcerse, dejarás caer sobre él la espada."* Vicram agarró la espada, Butti dio vuelta al cordón, y cuando éste empezó a regresar, el rajá lo cortó, e inmediatamente se cayó la canasta. Sin duda, Vicram habría caído encima de las bayonetas y muerto al instante, si Gunputti no hubiera reconocido el peligro de su protegido. Rápido se convirtió en un anciano, salió corriendo del templo, recibió la canasta en sus brazos antes de que tocara las bayonetas, y la bajó suavemente en el suelo. Hecho lo cual, regresó al templo, y ninguno de los espectadores sospechaba que el propio Gunputti fue el viejo; todos solamente pensaron: *"¿qué anciano tan inteligente!"*

El rey Vicram ordenó excavar bajo la torre, y encontró allí un inmenso tesoro: oro, diamantes, rubíes, zafiros, esmeraldas, turquesas y perlas en abundancia. Pero él no tomó nada para sí, sino lo vendió todo, y dio el dinero recibido a los pobres. ¡Tan poco interés tenía para él esa riqueza material, por lo que mucha gente hubiera vendido su alma y cuerpo!

Otra vez el rajá tuvo un sueño. De nuevo, le apareció su padre diciendo: *"Vicram, ven todos los días a este templo; entonces Gunputti te enseñará y recibirás sabiduría e inteligencia. Se pueden adquirir muchos conocimientos, pero la sabiduría es el fruto de mucha erudición, de mucha experiencia, y de un gran amor hacia Dios y hacia los hombres. Por eso, ven y gánate esa sabiduría; porque la erudición se desvanece, mas la sabiduría nunca muere"*. Al despertar, el rajá contó su sueño al visir, y Butti le recomendó seguir el consejo de su padre. Así lo hizo Vicram, y diariamente visitaba el templo, recibiendo las enseñanzas de Gunputti. Después de haber aprendido mucho, Gunputti le dijo un día: *"Te di toda la sabiduría que el intelecto humano es capaz de asimilar. Ahora, como don de despedida, puedes pedir lo que quieras: yo te lo concederé, ya sea riqueza, poder, belleza, larga vida, salud o felicidad: escoge lo que quieras"*. Vicram se asustó con esas palabras, y pidió permiso para pensarlas por un día y entonces escoger algo, con lo que Gunputti estuvo de acuerdo.

Ahora bien, sucedió que, cerca del castillo, vivía el hijo de un carpintero, que era muy astuto. Cuando se enteró de que el rajá iba al templo para asimilar sabiduría, decidió asistir también, y probar si pudiera aprenderla también. Cada día, cuando Gunputti le enseñaba a Vicram, el hijo del carpintero se escondía tras el templo y escuchaba todas las palabras, así que él también se hizo muy sabio. Apenas oyó el ofrecimiento de Gunputti a Vicram, decidió regresar tan pronto como fuera el rajá, para enterarse de qué manera podía apoderarse del don, cualquiera que fuera.

Vicram buscó el consejo de Butti sobre la petición que tendría que formular, diciendo: *"Riqueza me sobra; también tengo suficiente poder; y con respecto a lo demás, preferiría dejarlo a mi suerte como todos los demás hombres. Por eso, de veras no sé qué escoger"*.

Respondió el visir: *"¿No habría algún poder supracensible que te agradara poseer? Si sabes de alguno, puedes pedirlo."* *"Sí, -dijo el rajá- desde siempre ha sido mi deseo ardiente tener el poder de abandonar mi propio cuerpo cuando yo quisiera, y poder desplazar mi alma y mi sentir en*

cualquier otro cuerpo, ya sea animal o humano. El deseo de dominar este arte, es mayor que cualquier otro." "Entonces -replicó Butti- pídelo a Gunputti".

La otra mañana, cuando el rajá se había bañado, vestido a todo lujo, y luego dicho su oración, se acercó al templo para tener su última conversación con Gunputti. El hijo del carpintero, por su parte, también se acercó para espiar.

Gunputti le preguntó al rey: *"Vicram, ¿cuál de los dones escoges?" "Oh, poder divino -exclamó el rajá- con haberme hecho rey, ya me diste riqueza y prestigio de sobra. Tampoco me importa tener más belleza de la que ya tengo y en lo que se refiere a larga vida, salud y felicidad, pido darme la misma cantidad que reciban los demás hombres. Pero sí hay una facultad que desearía poseer, más que todas las que me ofreciste." "Nombramela, buen hijo de un buen padre" dijo Gunputti. "Dios omniscio -replicó Vicram- te pido la fuerza de poder abandonar mi cuerpo por mi voluntad, y transferirme con todo mi alma, mi sentir y pensar, en cualquier cuerpo de mi agrado, sea de un hombre, de un pájaro o de cualquier cuadrúpedo; y sea por un día, un año, algunos meses o el tiempo que me parezca bien. Además, te pido que, por mucho que dure mi ausencia, mi cuerpo no se descomponga, y que, a mi regreso, lo encuentre igual a como lo haya dejado".*

"Vicram —respondió Gunputti— tu ruego te sea concedido"; y, con eso, le enseñó a Vicram los medios por los que pudiera transferir su alma a otro cuerpo, le dio algo que debiera meter en su propio cuerpo, mientras su alma saliera de viaje, para protegerlo de la descomposición.

El hijo del carpintero que, estando fuera del templo, había estado escuchando todo el tiempo, oyó y memorizó la fórmula mágica, por la que Vicram recibió la posibilidad de transferirse a otro cuerpo. Pero no le fue posible ver ni desentrañar qué fue lo que el rajá recibió para conservar su cuerpo después del abandono, de modo que sólo conoció la mitad del secreto.

Vicram regresó al palacio y comunicó a su visir que había ganado la tan apetecida arte. *"Entonces lo usarás con mayor provecho, volando al país de las granadas, para traer a Anar Rani contigo" dijo Butti.*

"¿Cómo será posible?" —preguntó el rajá. "De la siguiente manera —replicó Butti—. Te vas a transferir al cuerpo de un papagayo, en cuya figura serás capaz de volar sobre las siete cercas de bayonetas que rodean el jardín de la princesa. Acércate al árbol central, corta con tu pico la rama con las tres granadas, y transpórtalas a casa en tu pico".

"Así lo haré", dijo Vicram levantando un papagayo que yacía muerto en el suelo, insertó el polvo mágico a su propio cuerpo para protegerlo de la descomposición, transfirió su alma al cuerpo del pájaro y salió volando.

Más y más lejos voló, sobre montes y valles, hasta que llegó a aquel jardín. Cruzó las siete cercas de bayonetas, cortó con su pico las tres granadas en que dormían Anar Rani y sus dos damas; las sostuvo en su tallo, y las transportó seguras a su castillo. Luego, salió del cuerpo del papagayo y regresó al suyo propio.

Cuando Butti se dio cuenta de que ese experimento había salido tan perfecto, dijo: *"Gracias al cielo, algo bueno ya se ha logrado".* Todos los que vieron a Anar-Rani, se asombraron de su gran belleza; era tan hermosa como una flor de loto y el color de sus mejillas se parecía al delicioso

color oscuro de la granada. Todos coincidieron en que el rajá era muy inteligente de escoger tan bella esposa. Se celebró una boda suntuosa, y, por poco tiempo, eran tan felices como dura un día entero.

Pero ya pronto Vicram le dijo a Butti: *"Tengo otra vez ansias de ver el mundo."* *"¿Cómo? — preguntó el visir— ¿tan pronto quieres salir de tu casa y abandonar tu joven esposa?"* *"Yo la amo entrañablemente, pero no hay remedio: siento el fuerte deseo de usar mi poder sobrenatural de convertirme en cualquier figura"* —dijo Vicram—. *"¿A dónde y cuándo quieres salir?"* —preguntó el visir. *"Sea pasado mañana —respondió Vicram— quiero transferirme otra vez al cuerpo del papagayo para ver del mundo lo más que se pueda"*.

Se fijó la salida del rey; su reino, y también su esposa, quedaban a cargo del visir. A ella, le dijo Vicram: *"No sé cuánto tiempo quedaré lejos; puede ser un día, un año, o quizás más; pero sí, durante mi ausencia, te sucede algo desagradable, dirígete al visir. Siempre ha sido como hermano mayor o padre conmigo; por eso tú también lo has de ver de la misma manera. Le encomendé tratarte como su propia hija"*

Después de esas palabras, el rajá mandó cazar un precioso papagayo (fue un pájaro especialmente bello, con penacho de plumas brillantes en su cabeza y una corona de plumas alrededor del cuello). Acto seguido, él se practicó una pequeña herida en su brazo, insertó algo del polvo mágico que había recibido de Gunputti para conservar su cuerpo, transfirió su alma al cuerpo del papagayo, y salió volando.

No bien oyó el hijo del carpintero de la muerte del rajá, cuando se dio cuenta de que Vicram había usado la fuerza que ambos por igual dominaban, y decidió aprovecharse de este hecho. Por eso, tan pronto como el rajá había abandonado el cuerpo, el carpinterito se alojó en él, y todo el mundo creía que el rajá, después de un breve desmayo, se había compuesto. Sólo el visir era más inteligente, e inmediatamente conjeturó: *"Alguna persona, fuera de Vicram, debe saber la fórmula mágica y se está aprovechando de ella; sin duda, piensa que ha de ser muy divertido hacer el papel de rey por algún tiempo. Estoy seguro que pronto encontrará si me equivoco o no."*

Por esa razón, Butti llamó a Anar-Rani diciéndole: *"Tanto tú como yo estamos seguros de que tu esposo, en este momento, nos dejó en la figura del papagayo. Pero apenas había salido cuando ya se levantó su cuerpo abandonado y se le puede ver caminar, hablar y actuar como antes. Sospecho firmemente que el espíritu que anima el cuerpo del rajá, no es el verdadero suyo, sino que alguien otra persona también posee el mismo poder que Vicram recibió de Gunputti, y presume de rey. Hemos de aclararlo a fondo, y por eso te pido hacer precisamente lo que te recomiendo, para comprobarlo. Prepara hoy la comida para tu esposo de un curry malo y corriente y désela. Si él se queja de que la comida no le gusta como de costumbre, estoy equivocado; pero si, al contrario, no dice nada sobre su platillo, reconocerás que tengo razón, y él no puede ser el verdadero rajá Vicram."*

Anar-Rani siguió el consejo del visir, y después de la comida le comentó: *"Mi padre, —así siempre lo llamaba— estoy muy contenta del resultado de la prueba. Preparé un curry muy desabrido, malo y corriente, pero el rajá no dijo ni una palabra sobre su plato. Estoy segura de que tienes razón. ¿Pero qué vamos a hacer ahora?"*

"No lo vamos a echar a la cárcel —contestó el visir— porque vive en el cuerpo de tu esposo, pero ni yo, ni ninguno de los parientes del rajá debe platicarle o hacerse amigo de él. Cuando empiece a hablar, inmediatamente tienes que buscar pleito con él, diga lo que diga. Es necesario que encuentre la vida de un rey no tan agradable como se lo había imaginado, y eso quizás lo mueva a regresar pronto a su cuerpo anterior." Anar-Rani comunicó a todos los parientes y amigos de su esposo el consejo de Butti, y el hijo del carpintero se fue desilusionando poco a poco, pensando que la vida de un rajá siempre no era tan agradable como se lo había figurado. Si hubiera podido regresar a su cuerpo, con el mayor gusto lo hubiera hecho; pero, como no dominaba el arte de conservarlo, su propio cuerpo empezó a descomponerse, tan pronto como lo había abandonado. Después de tres días, ya estaba podrido, y al carpinterito no le quedó otra: tenía que quedarse en su nueva morada.

Mientras tanto, el verdadero Vicram, en su forma de papagayo, había volado muy, muy lejos, hasta llegar a un platanal en que se hallaban sentados otros mil preciosos "pollys". Se juntó con ellos de modo que fueron un mil y uno. Cada día, salieron para buscar su alimento, para regresar en la noche y posarse en la gran palma.

Resultó que un cazador, que a menudo vagaba por esta parte de la jungla, notó los papagayos y pensó: "Si me fuera posible captar esos mil y un papagayos, que pasan todas las noches en ese platanal, ya no tendría tanta hambre, y me podría preparar un curry delicioso." Mas, por mucho que se empeñara, no logró alcanzarlos, porque el tronco del árbol era demasiado derecho y liso, de modo que, tan pronto como había trepado un pequeño trecho, se deslizó. Pero no dejó de observar esos pájaros con ojos ansiosos.

Un día, los papagayos regresaron a su platanal más temprano que de costumbre, obligados por un fuerte aguacero. Pero a gran sorpresa suya, encontraron su palma ocupada por mil cornejas que, en su camino a casa, aquí habían buscado refugio.

Ante esa situación, Vicram dijo a sus compañeros: "¿No se dieron cuenta que esos pájaros traen muchas semillas y frutos en sus picos, para alimentar a su cría? Vamos a ahuyentarlos inmediatamente para impedir que algunos de ellos se caigan al suelo alrededor del árbol, pues, de ser así, echarán raíces y crecerán fuertes plantas que luego enredarán el tronco, de modo que nuestro enemigo, el cazador, fácilmente podrá treparse y matarnos a todos."

Pero los demás pájaros dijeron: "Todo eso nos parece una idea muy rebuscada; no queremos expulsar esos pobres pájaros de su refugio a la lluvia, para que no se mojen", y dejaron en paz a las cornejas. Pero lo que Vicram previó, se realizó: algunas semillas y frutos, que las cornejas llevaban en sus picos, cayeron a la tierra; pronto prendieron, echaron raíces y crecieron, enredando el tronco como fuertes enredaderas que hicieron fácil el subir a la copa del árbol.

Poco después, llegó el cazador, se fijó de su ventaja y dijo: "¡Ahora sí, mis bellos amigos, por fin les voy a ganar!" Con la ayuda de las enredaderas subió al árbol, puso mil y un lazos de fuerte hilaza en las ramas y luego partió.

Cuando en la misma noche los papagayos descendieron como de costumbre a las ramas, todos se encontraron atrapados con sus pies. "Crik, crik, crik! —gritaron— ¿por Dios, qué vamos a hacer ahora? ¿Qué podemos hacer? ¡Oh Vicram, tú tuviste razón, y nosotros nos equivocamos! ¡Por Dios, crik; crik, crik!"

Vicram dijo: "¿No se los dije? Ahora obedézcanme, entonces quizá podemos salvarnos todavía. Cuando llegue el cazador para llevarnos, cada uno debe dejar reclinada la cabeza como si

estuviera muerto. Así, él pensará que ya nos morimos, y no se molestará de torcernos el pescuezo, ni meterá en su cinturón las cabezas de los que hubiera querido llevarse vivos; al contrario, simplemente nos soltará y nos echará a la tierra. Mientras tanto, todos tenemos que quedarnos inmóviles, hasta que todos los mil y uno estén puestos en libertad y el cazador empiece a bajar del árbol. En este momento, dejadnos subir sobre su cabeza y salir lejos de aquí."

Los papagayos estaban de acuerdo con el consejo de su compañero Vicram, y cuando, a la mañana siguiente, llegó el cazador para llevárselos, todos tenían los ojos cerrados; y la cabeza bajada como si hubieran muerto. El cazador pensó: "De veras, todos están muertos, ¡qué formidable curry voy a tener!" Con esas palabras, cortó el lazo que amarraba el primer pájaro y lo tiró al suelo. El papagayo se cayó como piedra y le siguió el segundo, el tercero y el cuarto – y así hasta el milésimo; de casualidad, el milésimo primero, último que quedaba, no era otro que Vicram; todos los demás ya estaban liberados. En el momento en que el cazador iba a cortar su lazo, se le cayó su cuchillo, y tenía que bajar para volver a subirlo. Cuando los mil papagayos acostados en la tierra oyeron que el cazador bajó, pensaron: "Los mil y uno ya están libres; ya está bajando el cazador; ya es tiempo de tomar las de Villadiego", y, de golpe, todos se levantaron al aire y se alejaron, dejando atrás al pobre Vicram como prisionero.

Cuando el cazador se dio cuenta de lo sucedido, se enojó mucho, agarró a Vicram y le dijo: "¡Malleoso pájaro! Solamente tú has causado esa desgracia. Yo sé que es así, porque tú eres un extranjero aquí, y eres diferente de los demás papagayos. De todos modos, voy a estrangularte, sí, eso es lo que haré." ¿Quién describe su sorpresa, cuando el pájaro le respondió con voz humana?: "No me mates, ¿qué ventaja tendrás de eso? Te valdría más venderme en la próxima ciudad; soy muy bonito, seguramente te pagarán mil escudos de oro por mí". "¿Mil escudos de oro? -preguntó el cazador con sorpresa- eres un pájaro muy ingenuo, ¿quién será tan tonto de darme tanto dinero por un papagayo?" "No te preocupes -dijo Vicram- llévame, y haz la prueba".

Entonces, el cazador lo llevó a la ciudad, y allí gritó: "¡Compren, compren! ¡Compren este hermoso polly que sabe hablar tan bonito! Miren qué bello se ve; miren qué corona roja trae alrededor de su cuello. ¡Compren, compren!"

Varias personas se acercaron y preguntaron por el precio del papagayo, pero cuando él dijo "mil escudos de oro", todos se rieron diciendo: "Nadie será tan tonto de pagar tanto dinero por un pájaro".

Finalmente, el cazador se enojó y le dijo a Vicram: "¿No te lo dije antes, que sería imposible venderte?" Pero Vicram respondió: "Sí, será posible. Mira allá ese comerciante; me atrevo a decir que él me comprará." En seguida, el cazador ofreció al comerciante su papagayo, diciendo: "Señor, ¿no quiere comprar mi precioso pájaro?" "¿A qué precio lo dejas?" -preguntó el comerciante. "No puedo dejártelo en menos que mil escudos de oro" - dijo el cazador. "¿Cómo?, ¿mil escudos de oro quieren por él? Jamás he oído semejante disparate. ¡Mil escudos por un pequeño polly! Con esa suma, podría usted comprar mi jardín, mi casa o mi caballo, ¿quién le va a pagar tanto dinero? Seguramente, no soy yo; le pagaré dos, nada más." Ansiosamente, Vicram exclamó: "Soy el rey Vicram, págale al cazador lo que pide, y te lo voy a recompensar. Cómprame, y luego te ayudaré a levantar tu tienda". "Polly -replicó el comerciante- ¿qué babosadas estás platicando?" Pero como sintió simpatía por el pájaro, siempre le pagó al cazador, se llevó a Vicram y lo tenía en una jaula en su tienda. El papagayo pronto sirvió de vendedor, y habló tanto y con tanta inteligencia que, al poco tiempo, toda la ciudad se había enterado de este milagro en la tienda del comerciante. Todos prefirieron a esa tienda para hacer sus compras, solamente para tener la oportunidad de oír hablar al papagayo, y él les vendió lo que querían, y hasta lo que

no querían, sin darse ellos cuenta de cuánto les pedía, sino le dieron todo lo que exigía. Así, el comerciante se hizo muy rico dentro de una semana, y Vicram se quedó, por un tiempo, contento y consentido por todos.

Por casualidad, se encontró, al mismo tiempo y en la misma ciudad, una hermosa bailarina que se llamaba Champa. Ella bailaba con tanta perfección que los ciudadanos la contrataban para sus fiestas. Además, vivía en la misma ciudad un pobre leñador que, todos los días, se fue a la jungla para cortar leña y luego venderla en el mercado. Un día, había trabajado como de costumbre en el bosque, cuando se sintió muy cansado, se acostó debajo de un árbol, y pronto se durmió. Soñó que era hombre muy rico, que se casó con la bella bailarina, que la llevó a su casa, y que, como regalo de boda, le regaló mil escudos de oro.

La misma noche, cuando, como de costumbre, entró al mercado para vender su leña, comunicó a sus amigos su sueño, diciendo: *"Mientras estuve en la jungla, tuve un sueño curioso: ¡parecía que era yo hombre rico que se casó con la bailarina Champa, y le di como regalo de boda, mil escudos de oro"*. Sus amigos exclamaron: *"¡Qué sueño tan raro!"* - pero luego se olvidaron del episodio.

Ahora bien, se dio la casualidad de que, mientras estaban hablando, se encontraban al lado de la casa donde se encontró Champa en la ventana. Oyendo la conversación, ella pensó: *"Aunque este hombre se ve muy pobre, debe de poseer mil escudos; si no, no hubiera soñado que los hubiese dado a su mujer. Y si eso es cierto, iré con el juez para tratar de conseguir ese oro."*

La bailarina mandó sus mozos, y les dio instrucciones de aprehender al pobre. Hecho eso, ella empezó a llamar: *"Oh, mi querido esposo, tanto tiempo te he esperado; no me explicaba qué te hubiera podido pasar. ¿Dónde estuviste todo el tiempo?"*. El replicó: *"No te entiendo; tú eres una gran dama, y yo soy no más un pobre leñador. Creo que te equivocas en mí"*. Pero ella insistió: *"¿No te acuerdas que, hoy hace un año, nos casamos? ¿Se te olvidó la gran fiesta que nos hicieron? Y como me llevaste a tu castillo para regalarme mil escudos como regalo de boda? Me lo prometiste, pero se te olvidó darme el dinero. Luego saliste, y yo regresé a la casa de mi padre hasta que recibiera noticias tuyas. ¡Cómo pudiste ser tan cruel conmigo!"*

El leñador pensaba que ella hablaba en sueños, pero todos los amigos y parientes de Champa ratificaron sus palabras. Una palabra dio la otra, se armó un gran pleito hasta que, por fin, llevaron el asunto al juez. El leñador insistió en que era solamente un pobre jornalero, en tanto que Champa y sus amistades aseguraron que era hombre acaudalado que había poseído mucho dinero que, quizá, mientras tanto, hubiera gastado. La bailarina ofreció desistirse de él, si solamente le dejara los escudos de oro que le había prometido como regalo de boda. El leñador respondió que le daría mucho gusto regalarle el oro si lo tuviera en su posesión, y trajo testigos que confirmaron su pobreza. *"Es seguro que soy nomás un pobre leñador, que gana tres cruceros por día, que no tiene nada en el mundo: ni castillo, ni riqueza, ni esposa."*

Todo el mundo se interesó por ese raro caso de justicia, y todos esperaban ansiosamente el desenlace. Algunos creían que un partido tuviera la razón; los otros creían lo contrario.

El rajá no podía ir al fondo de la cosa. Por fin, dijo: *"Aquí en esta ciudad vive un comerciante que tiene un papagayo muy inteligente, más inteligente que la mayoría de la gente. Vamos a pedirle su ayuda a decidir este caso que sobrepasa mis facultades. ¡Que él dicte el fallo!"*

Mandaron por el papagayo Vicram y lo llevaron a la corte para enterarse del caso y luego, emitir el fallo. Vicram habló primero al leñador: *"Cuéntame todo exactamente cómo ha pasado según*

tu modo de verlo." El leñador contestó: "Señor polly, lo que voy a decir es la pura verdad: soy un pobre que vive en la jungla y vende su leña en el mercado, y jamás gané más que dos cruceros al día. Un día, me dormí y, en un sueño loco, creía que era hombre rico, que me casé con Champa, la bailarina, y que luego le regalé mil escudos de oro como regalo de boda. Pero es tan falso que le debo los mil escudos como es falso que me hubiese casado con ella."

"Basta -dijo Vicram- ahora cuéntanos tú tu historia, Champa." Sin esperar, Champa la rectificó a su modo. Siguió Vicram: "Dime, Champa, ¿dónde está la casa de tu esposo y dónde te llevó?" "Oh, -contestó ella- está muy lejos de aquí, no sé a qué distancia, en la jungla." "Y ¿cuánto tiempo pasó desde entonces?" -- "Un año", respondió ella. Vicram mandó por unos honrados y fidedignos testigos que demostraron, que en el mencionado tiempo no había salido de la ciudad.

Después de escucharlos, Vicram siguió: "Champa, ¿cómo es posible que seas tan ingenua de imaginarte que alguien pudiera creer que tú has dejado tu valiosa casa urbana para viajar a la jungla? Además, está comprobado con suficiente evidencia que no lo has hecho. Mejor te sería renunciar de plano a los mil escudos de oro." Pero Champa no estaba de acuerdo. Entonces Vicram mandó por un prestamista y le pidió un préstamo de mil escudos. Recibido el dinero, lo puso en una gran botella que cerró y selló bien, la dio a la bailarina con estas palabras: "Ahora saca el dinero, sin romper el sello ni quebrar la botella." Respondió Champa: "Eso no es posible". "Tampoco es posible cumplir con tu deseo, porque no puedes obligar a un pobre, que no tiene ni un crucero en su posesión, pagarte mil escudos. ¡Liberen al reo! ¡Pero tú, Champa, márchate inmediatamente; eres una mentirosa y una ladrona. Véte, y si quieres, roba a los ricos, pero a los pobres déjalos en paz".

Todos aplaudieron el fallo del papagayo Vicram y dijeron: "¡Jamás se ha conocido un pájaro tan milagroso!" En cambio, Champa estaba muy disgustada y le dijo: "Bueno, viejo y feo Polly, te voy a tener en mi poder, y cuando te tenga, ¡te morderé la cabeza!" "Haz el esfuerzo, Champa -replicó Vicram- pero te comunico, en cambio, para mí será mi mayor empeño convertirte en mendiga. Por tu propio orden, se arrasará tu casa; pero después tú misma vas a matarte, por enojo e ira." Champa dijo: "De acuerdo, pronto veremos cuál palabra se cumple; la tuya o la mía". Con esas palabras, se fue a su casa.

El comerciante, en compañía de Vicram volvió a su tienda y la siguiente semana pasó sin mayor evento. Pasaron quince días, y nada de extraordinario. Pasado este tiempo, se casó el hijo mayor del comerciante, y en su honor se invitó a una hábil bailarina, para bailar en la boda. Champa vino y bailaba tan hermosamente que todos estaban encantados con su arte. -El comerciante estaba tan emocionado que le dijo: "Tú bailaste tan divinamente que puedes escoger cualquier cosa de mi tienda o casa como honorario; agarra lo que sea; sea tuyo; sean joyas, telas preciosas o alguna otra cosa."

Champa replicó: "Nada de eso me interesa, joyas y prendas me sobran; pero dame tu pequeño, gracioso papagayo, me gusta mucho y solamente él puedo aceptarlo como pago." El comerciante se sintió muy disgustado, porque no se le había ocurrido que Champa hubiera podido escoger su querido consentido, el papagayo, quien le había ayudado tanto. Con más facilidad se hubiera desprendido de cualquier otra cosa, menos de él. No hubo remedio; estaba obligado a cumplir con su promesa, y con lágrimas en sus ojos, fue a traer su favorito, mientras Vicram dijo: "No estés triste, Señor, regálame con esa muchacha; ya sabré como cuidarme."

Champa se fue a su casa con el papagayo y, apenas llegada, llamó a su sirvienta con estas palabras: "Rápido, llévate ese papagayo y prepáramelo para la cena, pero primero separas la

cabeza y me la sirves frita en un plato, porque la quiero comer primero, antes de tocar otro platillo alguno."

"Qué idea más estúpida tiene mi patrona", dijo la sirvienta a la cocinera cuando se llevó el papagayo a la cocina. "A quién se le ocurre comer la cabeza frita de un papagayo?" "¡Qué te importa! -contestó la otra- te vale más obedecer, para que no se enoje". - La sirvienta empezó a desplumar al papagayo...

Sus preciosas plumas, a la vez que él dejaba caída su cabeza, de modo que ella lo tomaba como muerto. Cuando, poco después, fue a traer agua para hervirlo, dejó el pájaro en el fregadero, donde siempre lavaba los trastes. Detrás de éste, hubo un agujero en la pared por el cual se echaban tanto los desperdicios de la comida como el agua sucia. Tan rápido como vuela un pensamiento, Vicram se escondió en ese agujero.

"Por Dios, —exclamó la sirvienta cuando regresó a la cocina— ¿dónde desapareció el papagayo y qué dirá mi patrona? Solamente salí un momento, y ya se fue". "Seguramente algún gato lo agarró; como ya no vivía, tampoco es posible que volara o caminara; además, yo me hubiera dado cuenta de eso. Pero no te aflijas, un pollito también sirve."

En seguida, fueron por un pollito, lo cocieron, frieron la cabeza y la sirvieron a la bailarina que lo comió en pequeños bocados, siempre diciendo: *"Ay, mi lindo polly, ya acabé contigo. Esos son los sesos que siempre fraguaban ardides, y me hacían perder mi litigio; ésta es la lengua que testificó en mi contra; ésta es la garganta por la que pasaron tantas palabras de amenaza. ¡Ah! ¡me gustaría saber quién ahora tiene razón!"*

Vicram, estando cerca de ella en su agujero, oyó todas esas palabras, pensando con angustia: *"¿Qué pasaría si, a pesar de todo, me capturara?"* Ya no servían sus alas para volar, porque le habían arrancado todas las plumas. No le quedó más remedio que quedarse por un tiempo en su escondite con el constante peligro de ahogarse, porque a cada rato salían chorros de agua. Se alimentaba de los desperdicios que le pasaron, y con la ayuda del tiempo sus plumas crecieron de nuevo. Un día, hizo la prueba, y de veras le soportaban. Así que podía volar a un pequeño templo muy concurrido, que se encontraba en la jungla, no muy lejos de la casa. Detrás de un ídolo, encontró Vicram un lugar perfecto para esconderse.

Por casualidad, ese templo era el mismo a donde Champa regularmente asistía para hacer sus devociones ante su ídolo. Y no pasó mucho tiempo desde la llegada de Vicram, cuando fue ella; se puso de rodillas y empezó a orar. Pidió a su ídolo que le ayudara a subir su alma y cuerpo al cielo (tenía mucho miedo de la muerte), y exclamó: *"Acepta mi plegaria; solamente esto te pido, entonces haré todo lo que tú me ordenes, sí, todo, todo"*. Vicram, estando detrás del ídolo, la escuchó y pronunció estas palabras: *"Champa, tu plegaria ha sido atendida. —(Ella escuchó atentamente, creyendo que fue el mismo ídolo que le hablaba).— Pero antes tienes que vender todas tus pertenencias, y darles el dinero rescatado a los pobres, y también tienes que indemnizar generosamente a tu servidumbre. Hecho esto, tienes que arrasar tu casa, que no quede nada de ella, para que, de este modo, estés liberada de todo lo terrenal y preparada para el cielo. Cuando hayas cumplido con todas mis órdenes, regresa aquí en el mismo día de la próxima semana, y entonces tu cuerpo y tu alma subirán hacia el cielo."* —

Champa creyó todo lo que oyó, y como se le había olvidado la amenaza del papagayo, se apuró a cumplir la orden recibida: vendió sus pertenencias y regaló todo el dinero ganado a los pobres; derribó su casa hasta los cimientos, y despachó su servidumbre. Hecho esto, regresó al templo en el prefijado día de la semana siguiente, se sentó en la orilla de un pozo en el patio y

explicó a la gente reunida, que el ídolo mismo le había hablado y que, dentro de poco, podían verla subir hacia el cielo. De este modo, su despedida de lo mundanal alcanzaría aún más notoriedad de la que hubieran sido sus actuaciones. La gente escuchó atentamente sus palabras, porque parecía inspirada por Dios, y para ver su ascensión, llegaron todos los vecinos, y además cientos de foráneos, viajeros, príncipes, comerciantes y nobles; de lejos y de cerca se juntaron con expectación y curiosidad. Mientras todos esperaron calladamente a lo que iba a pasar, de repente se oyó el suave aletazo de un papagayo que se sentó en la cabeza de Champa exclamando: "*¡Oh bailarina! ¿Qué hiciste?*" Champa reconoció la voz de Vicram, mientras él siguió: "*¿Tú quieres ascender hacia el cielo? ¿Se te han olvidado las palabras del papagayo?*"

Champa se lanzó al interior del templo, se arrodilló ante el ídolo y le pidió: "*¡Milagroso Poder! Cumplí con todas tus órdenes; llévame al cielo, deja que se cumplan tus palabras.*" Pero Vicram gritó desde arriba: "*¡Adiós Champa, que te vaya bien! Comiste la cabeza de un pollito, no la mía. ¿Dónde tienes tu casa? ¿Dónde dejaste tu servidumbre; dónde todas tus pertenencias? ¿Qué opinas; se cumplieron tus palabras o las mías?*"

Oyendo todo eso, Champa maldijo desesperadamente su propia tontería, se cayó con fuerza al piso del templo, pegó con vehemencia su cabeza contra una piedra y de este modo se mató.

Cuando pasó eso, habían pasado dos años, desde la salida del rey Vicram de su reino, y hace seis semanas Butti, en desesperación, había salido a buscarlo. Por aquí y por allá marchaba, por muchos países pasaba, siempre con la esperanza de encontrar a su soberano, pero sin éxito. Un día, pues, su buen destino le llevó, de casualidad, al lugar donde acudían los forasteros que querían presenciar la ascensión de la bailarina, y apenas había visto el papagayo que hablaba con ella, lo reconoció como Vicram. Al mismo instante, el rajá también lo vio, se posó en su hombro, a lo que Butti, después de agarrarlo, lo llevó consigo en una jaula.

Ahora bien, hubo que resolver un problema muy grave: el alma del rajá moraba en el cuerpo del papagayo, y la del hijo del carpintero en el del rajá. ¿Cómo se podía hacerle salir el alma del carpinterito para dejar entrar el alma del rey? El cuerpo del hijo del carpintero ya se había descompuesto desde mucho tiempo y ya no servía, de modo que el alma del carpintero no podía regresar a su cuerpo. El visir no sabía cómo proceder, y decidió esperar lo que siguiera.

Sucedió que, tanto el rajá falso como el visir, poseían un carnero guerrero y, un día, le dijo el rajá al visir: "*Deja luchar nuestros carneros para medir sus fuerzas.*" "*De acuerdo*", contestó el visir. Eran, pues, muy diferentes los dos animales, porque, cuando todavía borrego, Butti había amarrado el suyo a un tilo. Sus cuernos se habían fortalecido extremadamente por el constante frote y empuje hacia el tronco. En cambio, el hijo del carpintero lo había amarrado en un árbol tahaka, cuya corteza es tan dura que, al embestir, el borrego no dañaba al tronco, sino a sí mismo, por lo que se le aflojaron sus cuernos.

Con creciente enojo, el rajá falso pronto notó que su consentido era menos fuerte que su rival. De repente, su carnero se desplomó y murió, alcanzado por un golpe muy fuerte. Viendo eso, el hijo del carpintero, como rayo, dejó el cuerpo del rajá y metió su alma en el animal caído, para ayudarle a alcanzar la victoria. Mientras tanto, Vicram estaba sentado arriba, en su jaula: dándose cuenta de la situación, en menos que canta un gallo, su alma dejó el cuerpo del papagayo y regresó al suyo propio. En el momento en que el carnero del carpintero tumbó al otro, agarró el visir su espada y le cortó la cabeza, terminando así, a la vez, la vida del carnero y del carpinterito.

La alegría de Anar Rani fue grande, y todos en el castillo prorrumpieron en júbilo cuando reconocieron el verdadero rajá Vicram quien, después de tanto tiempo, había regresado. Anar Rani le pidió que jamás volviera a hacer uso de su capacidad de convertirse en papagayo, lo que Vicram le prometió con gusto.

No obstante, sus ganas al vagabundeo, y su amor por la vida irregular, no le daban tregua: su actividad preferida siguió siendo caminar sin compañía por la jungla. Un día sofocante, vagaba por una parte rocosa de su país, llana y árida, sin ningún árbol que le protegiese contra la inclemencia del sol. Cansado de caminar, el rey se echó al lado de la roca más grande que pudiera encontrar, para descansar un rato. Cuando casi estaba dormido, salió de una grieta en la tierra, una pequeña cobra, se coló en su boca semiabierta, y, pensando que era una grieta sombreada en las rocas, se culebreó hacia dentro de la garganta del rajá.

Vicram despertó y gritó: *"¡Rápido, sal de mi garganta!"*. Pero la víbora respondió: *"No quiero; estar aquí, me agrada más que estar en la tierra"*. Y se quedó. El pobre Vicram no sabía qué hacer, la cobra no salió de su garganta; a veces se acercó a la boca, pero cuando el rajá trataba de sacarla, se retiraba inmediatamente. Suspirando, le dijo a su visir: *"¿Quién jamás ha oído de un rajá que estuviese en tan miserable situación? Fíjate, tengo una cobra en mi garganta."* *"Oh, mi querido amigo, ¿nunca se te quitarán las ganas de vagar solo por bosque y campo? ¿Llamás se te curará esa pasión?"*

"Si alguien supiera sacar ese reptil, me daría por satisfecho y dejaría mis andanzas. En fin, mis odiseas no me han traído mucho provecho."

Mas ¿quién fuera capaz de agarrar la cobra? ¡No había ningún hombre, ni cerca ni lejos, capaz de hacerlo! El sufrimiento arrimó a Vicram casi a la locura, así que, finalmente, corrió a la jungla. Pronto, Butti se enteró de esa novedad. Muy triste dijo con un suspiro: *"Ah, ¿Qué provecho saca Vicram de su inteligencia sobrehumana, si ese malogrado don que él mismo escogió, desvirtúa todo lo bueno que hubiera podido hacer. Despertó en él el deseo de vagar por aquí y por allá; arregla los asuntos de todos los demás, menos los suyos propios. Así, descuida su reino y su pueblo, él que fue el orgullo de todos los rajás, el mejor de todos, el más noble - ahora se escapa de su reino como un ladrón que se escabulle de la cárcel"*.

Butti mandó sus mensajeros para buscar a Vicram; pero ninguno le encontró. Hasta que, un día, él mismo se puso en marcha, después de dejar el gobierno en manos de los mejores ministros durante su ausencia.

En el entretiempo, Vicram había continuado su peregrinaje, hasta llegar, finalmente, al castillo de un rajá que gobernaba un reino lejos de su propio país. Cansado y sucio que estaba, se juntó a los mendigos que esperaban en frente del portal.

El rajá, a cuya puerta estaba sentado Vicram, tenía una linda hija que se llamaba Buccoulie. Muchos príncipes deseaban casarse con ella, pero ella los rechazó a todos. Sus padres le preguntaban: *"¿por qué no quieres escoger a uno entre ellos?, hay muchos entre esos príncipes que son ricos y poderosos, bellos y valiosos, inteligentes y buenos; ¿por qué te niegas a todos?"* La princesa replicó: *"No es mi destino casarme con uno de ellos; en mis sueños, veo incesantemente al hombre que se me ha destinado, y yo le estoy esperando"*. *"¿Quién será?"* le preguntaron. *"Su nombre es rey Vicram; vendrá de un país distante, pero todavía no llega"* Dijéronle sus padres: *"no hay rajá, ni cerca ni lejos, que tenga ese nombre, según nuestro conocimiento. Deja esa ilusión y cástate con otra persona"*. La princesa siguió negándose categóricamente diciendo: *"No; quiero esperar al rey Vicram"*, a lo que sus padres pensaban: la

dejaremos en paz; quién sabe si, un día, llegará un poderoso rey, más grande que todos los demás que conocemos, que pretenderá a nuestra hija; entonces nos salvamos de no haberla obligado al matrimonio con uno de sus pretendientes de ahora."

Tan pronto como Vicram había llegado al portal del palacio, y sentado entre los mendigos, Buccoulie, viéndole desde su ventana, exclamó: *"Este es el hombre de mis sueños; ahí está el rey Vicram"*. *"¿Dónde, mi hija, dónde? —preguntó su madre— no hay ningún rey entre los mendigos"*. Como la princesa insistió que uno de ellos sería el rey Vicram, su madre le llamó y le interrogó. El declaró que se llamaba *"rey Vicram"*; no obstante, el rajá y la Rani no le creyeron, y se enojaron con su hija que siguió insistiendo en que solamente con él se casaría. Por fin, acordaron: *"Bueno, cástate con tu príncipe mendigo si quieres; pero no vayas a creer que, siendo esposa de él, puedas seguir siendo nuestra hija; si te casas con él, puedes buscar tu suerte en la jungla. Veremos si no pronto te arrepientes de tu obstinación."* *"Mi deseo es casarme con él, y seguirle a donde sea"*, replicó la princesa.

Casados los dos, sus padres los echaron fuera; no obstante, les dieron algo de dinero diciendo: *"Aun sin sentir indigencia, pronto la princesa se dará cuenta de la diferencia entre una mendiga y una princesa"*.

Vicram construyó una pequeña choza en el bosque para protegerles. La princesa sufrió días muy aciagos, pues no estaba acostumbrada a cocinar ni lavar ropa, cosas que nunca había hecho, por lo que, de noche, se sentía muy cansada. Pero su mayor preocupación fue que Vicram constantemente estaba torturado de la fea cobra —muchas veces en la noche despertó y meditó sobre una medida para sacar el animal, pero todo fue en vano.

Una noche, pensando intensamente, de repente, muy cerca, vio dos cobras saliendo de su madriguera. Fijándose bien en su discusión escuchó: *"¿Quiénes son esas gentes?"* preguntó la primera cobra. *"Son el rey Vicram y su nueva esposa, la Princesa Buccoulie"*, dijo la segunda. *"¿Qué están haciendo aquí, por qué viven tan lejos de su reino?"* siguió la primera. *"Oh, él huyó de su casa sintiéndose muy miserable por una cobra que vive en su garganta"*, contestó la segunda. *"¿Y nadie puede sacarla?"* *"No; no saben el secreto"*. *"¿Qué secreto?"* investigó la primera. *"¿No lo sabes —dijo la segunda— si su esposa busca algunas almendras, luego las muele, las mezcla con aceite de coco y todo lo calienta al fuego, y si luego cuelga a su esposo, con los pies para arriba, en un árbol, el humo subirá y matará la cobra que luego se caerá muerta a la tierra"*. *"Nunca oí tal cosa"*, replicó la primera cobra sorprendida. *"¿De veras? —exclamó la segunda— imagínate, si la princesa hiciera la misma cosa en la entrada de tu cueva, quizás encontraría todas las preciosidades que allá guardas"*. *"No hagas bromas pesadas; no lo tolero"* concluyó la primera cobra, saliendo muy ofendida, y seguida por la otra.

No bien lo hubo escuchado la princesa, cuando ya se decidió a aplicar esa receta. Por eso, a la mañana siguiente, mandó llamar a todos los aldeanos, que la conocían y amaban por ser la hija del rajá, y que hacían cuanto ella les pidiese. Les pidió llamar un cazo grande con aceite de coco, moler un considerable número de almendras, echarlas adentro, y luego traérselo. Así lo hicieron, luego pusieron el cazo sobre el fuego y colgaron a Vicram, cabeza abajo, en un árbol. Tan pronto empezaba a subir el humo del cazo, se sofocó la cobra en la garganta de Vicram y cayó fuera, muerta. Aliviado, dijo el rajá a su esposa: *"Mi querida Buccoulie, qué buena esposa eres. Tú me has salvado de ese suplicio, y esto es más de lo que todos los sabios de mi país hubieran podido hacer"*.

En seguida, Buccoulie mandó llevar la olla con el aceite caliente a la entrada de la cueva, que fue la que la cobra había mencionado la noche anterior, y sofocó también a ella. Ordenó a su

gente que excavaran en su cueva, y encontraron en el interior un inmenso tesoro de oro, plata y joyas. Buccoulie mandó traer, de inmediato, vestidos preciosos para ella misma y para su esposo, al que pidió que, antes, se cortara el pelo y se afeitara. Así parecían como verdaderos reyes, regresaron al castillo de los padres de ella. Estos, que ya se habían arrepentido de su propia dureza, los recibieron con los brazos abiertos. Con sorpresa y deleite, oyeron el descubrimiento del tesoro de la cobra, que ahora pertenecía a su hija. Además, se mostraron encantados del esposo de su hija que les parecía muy apuesto y regio.

Gozando de su nueva vida, un día, Vicram recibió la noticia de que, entre los muchos huéspedes en el palacio, había un visir forastero; se sabía que estaba buscando a su patrón, pero como no había podido encontrarle, pensaba regresar a su país. Vicram pensó: "*¿No sería posible que fuera Butti?*", y corrió a verlo. De veras, ¡fue él!, que dio un fuerte grito al ver a su amigo: "*¿Oh, Vicram no te das cuenta que ya nos has dejado por muchos años?*" Vicram le platicó todas sus aventuras y cómo se había casado con la buena Buccoulie, la única que pudo matar la cobra, y que, en este momento, estaba a punto de regresar con ella a su patria. Se despidieron de los padres de Buccoulie, que les obsequiaron preciosos regalos, y, en compañía del Visir, Vicram y su esposa partieron a su país, donde llegaron después de un largo y engorroso viaje. Les esperaba Rani, fuera de sí por la alegría de volver a verlos.

Anar Rani antes había estado de luto pensando que su esposo ya no vivía. Al enterarse Buccoulie de quién era Anar, le tuvo mucho miedo: "*quizá va a estar celosa de mí y me va a odiar*". Pero Anar Rani no sentía nada de eso, sino que la recibió con una dulce y franca sonrisa, diciendo: "*me di cuenta de que por ti se salvó el rajá, y que tú mataste a la cobra. Por toda mi vida te lo agradeceré y te amaré con toda mi alma*".

Desde entonces, Vicram se quedó con sus dos esposas, y no volvió a salir del país; gobernaba su reino con sabiduría y bondad, amado por sus súbditos. Vicram y Butti alcanzaron muy avanzada edad y, para el pueblo, significaban un brillante ejemplo de fiel amistad. Todavía hoy día se dice en aquella región, cuando dos hombres se tienen mucho afecto: "*se aman como Vicram y Butti*".

Aportación de Sandra Paz T.